

la posición de *Vetera*. Forzado en esta plaza se retiró al lado del Wahal, condujo á él la masa de aguas del Rin cortando el dique de Druso que la llevaba al Lech y al Ysel, y con ciento trece senadores ó decuriones treviro fué á solicitar de las tribus germanas que hicieran un poderoso esfuerzo.

En su ausencia pasó Cerialis el Wahal; pero estuvo en riesgo de ser apresado en una sorpresa: los germanos llevaron en triunfo por el Lippe, á la adivina Velleda, la galea pretoriana, de que se apoderaron en esta función. Las lluvias de otoño y las consiguientes inundaciones sirvieron mejor la causa de los insurrectos. Sin víveres, sin abrigo, en un suelo pantanoso, los romanos llegaron á cansarse de esta lucha. También los bátavos estaban cansados de la turbulencia de los germanos y de la autoridad que se atribuía Velleda, y en esta disposición de ánimo debían acabar por entenderse. Los dos caudillos tuvieron una entrevista en un puente del Wahal, cortado por la mitad. Civilis obtuvo el derecho de vivir tranquilo en medio de los suyos, y los bátavos, libres de todo tributo, no tuvieron más que suministrar auxiliares, cuya justa fama había aumentado esta guerra sostenida contra el imperio. Civilis no había ganado en este empeño más que un nombre ilustre, pero su patria era libre.

La insurrección de las dos provincias galas de Bélgica y Germania había fracasado: sus caudillos estaban muertos ó fugitivos, y una severa indagación, ordenada por Vespasiano en todas las ciudades, alcanzó á los que no habían perecido en el campo de batalla. Los treviro fueron castigados con la pérdida de su libertad (1).

Uno de los caudillos, sin embargo, y por cierto el más comprometido, Sabino, se escapó. Después del incendio de su quinta hubiera podido huir fácilmente hasta el fondo de la Germania; pero le faltó valor para alejarse de Eponina su joven esposa, y se retiró á un subterráneo, cuya entrada sólo era conocida de él y de dos libertos de su íntima confianza. Se le había creído muerto y Eponina, que estaba en la misma creencia, dió muestras del más profundo dolor. Por espacio de tres días rehusó todo alimento; pero advertida misteriosamente de que su esposo vivía, disimuló su júbilo bajo su luctuoso traje, fué secretamente á verlo y acabó por vivir con él en el subterráneo. Al cabo de siete meses, con la seguridad de que se había aplacado la cólera de Vespasiano, Eponina hizo el viaje á Roma con su marido disfrazado de esclavo con ánimo de implorar la imperial clemencia.

Algunos amigos fieles les advirtieron á tiempo que no había nada que esperar de Vespasiano y sí mucho que temer; y con esto hubieron de desandar el camino y volver á la Galia. El proscrito se encerró otra vez en su retiro y en él permaneció por espacio de nueve años; pero al fin descubierto, fué conducido á Roma, donde Vespasiano lo condenó á morir.

Eponina había seguido ahora también á su esposo y posttrándose á los pies del príncipe: «César, le dijo en lágrimas mostrándole sus dos hijos, los concebí y amamanté en los sepulcros para que fuéramos más los suplicantes que imploramos perdón de rodillas á tus plantas. ¡Oh César! perdona al padre de mis hijos.» Los circunstantes lloraban y Vespasiano también; pero continuó inflexible.

(1) Desde esta época desaparece de la historia el nombre de los druidas; pero se encuentra con mucha frecuencia el de las druidesas. El año 234 predijeron la muerte de Alejandro Severo; el 273 las consultó Aureliano para saber si el imperio pasaría á su posteridad prometiendo ellas á Diocleciano. Las druidesas eran de esas embaucadoras que entre otros engaños decían la buena ventura. Sin embargo Ausonio contaba un druida entre sus mayores.

Entonces se levantó Eponina y pidió sólo que se le permitiera compartir la suerte de su esposo, ya que no lo podía salvar. Y añadió en su despecho: «En las tinieblas, debajo de la tierra he sido más feliz que tú en las alturas del poder.» Por fin, fué escuchada. Plutarco encontró en Delfos á uno de sus hijos, el cual le contó esta dolorosa y conmovedora historia.

Vespasiano podía sin peligro mostrarse clemente. La Galia se resignaba á mostrarse romana. Bien conservaron algunos patriotas el recuerdo de aquella bandera que ciento veinte años después de haber sido derribada por Julio César, bajo los muros de Alesia, había reaparecido de repente y flotado sobre sus cabezas «para el imperio de las Galias:» pero no hay que exagerar su número ni la importancia de la guerra que acabamos de referir. Se había sostenido principalmente por un pueblo más germano que galo, por un hombre cuyo pensamiento no estaba consagrado á la Galia; y aquellas tropas romanas que hemos visto sitiadas y vencidas, no eran sino los depósitos de las legiones llamadas á Italia. En cuanto éstas aparecieron, todo se calmó. La masa de las naciones transalpinas no había respondido á un llamamiento que no comprendía y las que habían tomado las armas volvieron fácilmente á las vías pacíficas adonde ha poco las llamaba Cerialis. Restablecido por completo el orden en el interior, y no amenazando, á lo menos todavía, el peligro de la invasión exterior, vino entonces un siglo de prosperidad que se cuenta entre las dichosas edades del mundo y se llama el siglo de los Antoninos. La Galia contribuyó con algo, como quiera que dió, sino el más hábil, á lo menos el más respetado de estos príncipes, Antonino el Piadoso, padre adoptivo de Marco Aurelio.

## II.—GUERRA DE JUDEA (66-70)

Hemos de pasar ahora al otro extremo del imperio, donde terminaba una guerra menos peligrosa, pero más difícil, que ha quedado como uno de los más grandes hechos de la historia, porque en ella pareció morir un pueblo entero.

Los últimos momentos de este pueblo ofrecen, por otra parte, á la sicología histórica un curioso asunto de estudio, por el extraño estado moral en que los judíos se encontraban entonces, especie de embriaguez ó de locura divina que produce la exaltación religiosa y hace esperar contra toda esperanza. Es un fenómeno que reaparece en las épocas de fermentación religiosa, con la misma mezcla de abominable crueldad y abnegación sublime, de pasión que oscurece la conciencia y turba la razón y de ardiente fe que del mismo hombre puede hacer un verdugo ó un mártir. Y sin embargo, por terrible que á veces sea este espectáculo, sufre en él menos el alma que en presenciar innobles apetitos que nos ha sido preciso mostrar.

Muchas veces hemos hablado de los judíos en esta historia, en los tiempos de Pompeyo, de César y de Augusto: vimos cómo sembraron en todo el Oriente y hasta en Italia sus colonias, sus sinagogas y su creencia en un Dios único, que falseaba la ya vacilante autoridad de los dioses paganos y preparaba las vías á la doctrina de Cristo.

Augusto había hecho del rey Herodes su amigo, ó más bien el instrumento de sus designios en aquella parte del Oriente. Después de la muerte de este príncipe, pidieron los judíos al emperador que se agregara la Judea á la provincia de Siria. El emperador prefirió dejar subsistir un gobierno nacional que le quitaba el cuidado y embarazo de una ocupación militar, y Arquelaos recibió la corona de su padre. Pero al cabo de diez años, acusado por sus mismos

subditos el nuevo rey, fué desposeído, sin oírlo siquiera, y quedó entonces la Judea sometida á los procuradores (6-37).

Un capricho de Calígula restableció el antiguo reino. Un nieto de Herodes, Agripa, se había atrevido, en vida de Tiberio, á hacer la corte al joven Cayo. «¿Cuándo llegará el momento, hubo de decirle una vez, en que ese anciano se vaya al otro mundo y te deje á tí amo y señor de éste?» Alguien refirió estas palabras al adusto emperador; y cuando un magnate de Roma hubiera pagado con la vida semejante imprudencia, el príncipe judío libró con una prisión bastante ligera. Calígula, sin embargo, tuvo en cuenta á su amigo el peligro que había corrido y á su advenimiento le dió la corona de Judea y una cadena de oro tan pesada como los hierros que había llevado.

El favor de Claudio acabó tan inesperada fortuna agregando á su reino nuevas provincias, y así vino á reunir por última vez todo lo que Herodes el Grande había poseído. Pero á su muerte (44) su hijo Agripa, demasiado joven para sucederle, no tuvo más que una tetrarquía, y la Judea y la Samaria volvieron á entrar en el régimen de los procuradores, que nominalmente subordinados al gobernador de la Siria, estaban en realidad investidos de una autoridad independiente.

Ninguna provincia tenía entonces tanta necesidad de la mano firme del imperio como aquel desgraciado país, devorado hacía muchos años por esa incurable anarquía que anuncia los últimos días de un pueblo. No había ya ningún lazo social ni fuerza pública: todos los días se asesinaba en las calles de Jerusalén, hasta en el templo, en medio de la multitud y durante las fiestas solemnes (1). Los caminos no estaban seguros ni aun para los enviados del emperador, y los que Josefo, el amigo de los romanos, llama bandidos, magos, embaucadores, pero la multitud llamaba profetas, Cristos suscitados por Jehovah, formaban bandos tan numerosos como un ejército.

No todo el mal provenía de la falta de un gobierno enérgico. El espíritu profético era el alma de aquel pueblo. Muy hábiles para manejar los intereses privados y acrecentar en el tráfico su hacienda, los judíos perdían tierra, cuando era menester elevarse á las ideas generales. La ciencia que exige razón fría, el arte que supone estudio de la naturaleza, el sentimiento de las relaciones y la armonía de las proporciones, fueron siempre cosa extraña para ellos. Los Apocalipsis, á que se habían aficionado en su roce con los mazdeístas durante su cautividad, habían venido á ser su gran forma literaria. En los momentos de crisis expresaban así todo lo que se siente, se ama, ó se espera. El Apocalipsis de San Juan es la más alta expresión y ha quedado como el modelo de esas obras simbólicas en que el *Vidente* refiere los secretos del Abismo, revela los decretos del Altísimo y anuncia á los poderosos de la tierra los castigos que les aguardan.

Muchos lo habían precedido y muchos también lo siguieron: era un género literario de origen pérsico, que ofrecía grandes recursos al poeta y al creyente. En la *revelación*, enviada á las siete iglesias del Asia, el apóstol continúa, contra los enemigos de la nueva Sion, contra «la gran prostituta que embriaga á las naciones con el vino de su fornicación», la misión revolucionaria de los antiguos profetas contra los reyes impíos y los perseguidores de Israel. Imita sus procedimientos, copia sus más terribles imágenes, y con sus palabras ardientes, con la mezcla de visiones

(1) De esta manera degollaron á Jonatán, gran sacrificador, y no pasaba día en que no mataran á muchos de la misma manera. Eran asesinatos religiosos. Josefo, *Bell. Jud.* II, 23.

sublimes y de invenciones extrañas, con sus descripciones de riqueza oriental y adorno bárbaro halagaba la imaginación enfermiza de las razas meridionales.

Escrito entre la muerte de Nerón y la caída de Jerusalén, este Apocalipsis no ejerció ninguna influencia en la sublevación de los judíos; pero ayuda á hacer comprender el estado de los ánimos en un pueblo cuya inteligencia á la vez estéril y demasiado fecunda, llegaba en aquel momento, á fuerza de miserias, á los más místicos delirios. Como el alma afligida por el dolor, habían venido á ser supersticiosos y tímidos bajo la pesadumbre del infortunio: todo los espantaba; todo también les hacía esperar; y pasaban incesantemente del abatimiento á la confianza, del amor al odio. Después de haber llamado á la dominación romana, la rechazaban; después de haber dejado cien veces que se desmembrara su país y se repartiera su población, como mísero rebaño, á discreción de los compradores, no hablaban ya sino de independencia nacional, resueltos á morir por ella.

Creían siempre en su santo templo y cumplían los ritos exteriores de su culto. Pero viendo que su doctrina tan pura, que su moral tan bella no los había podido salvar y que era preciso obedecer, ellos, el pueblo de Dios, la raza escogida, al pueblo cuyos ídolos había flagelado Isaias, se aferraron con toda la fuerza de la desesperación á la única esperanza que les quedaba, al advenimiento del Mesías. Bien les decían los cristianos que el Mesías que esperaban había venido ya, que comenzaba su reinado y que había llegado su ley hasta la misma corte de Nerón. Pero en la sagrada víctima enclavada en la cruz del Gólgota, no querían ver ellos al Salvador que había de darles la libertad con el reinado del mundo, y seguían esperando, escuchando cualquiera voz que sonaba siguiendo al primero que les decía: «Venid y ved.»

«En ninguna parte, dice el historiador Josefo, que vió por sus ojos los sufrimientos que refiere, en ninguna parte prosperaban como allí los impostores; fueran lo que fueran, creíanse á pie juntillas sus promesas: ellos y los bandoleros se repartían el país. Engañando al pueblo algunos impíos bajo un pretexto de religión, los arrastraban á las soledades donde les decían que Dios les haría ver con señales manifiestas que quería emancipar de la servidumbre á la raza de Abraham. Un pseudo-profeta egipcio llegó á seducir al pueblo de tal modo, que reunió hasta treinta mil hombres en el monte de las Olivas: á su voz debían derrumbarse los muros de Jerusalén y huir espantados los romanos (2).»

Otro les prometía la libertad y el remedio de todos sus males, si querían seguirlo al desierto. Quién invitaba al pueblo á subir al monte Garizim, donde le mostraría los vasos sagrados que Moisés había escondido allí; quién ofrecía separar las aguas del Jordán para pasar á pie enjuto ellos y los que en él creyeran (3). Otros, al contrario, se inspira-

(2) *Bell. Jud.* II, 23. Al dispersar aquel gentío hubieron de perecer muchos, pero el impostor huyó incólume y no se supo lo que fué de él. Por eso cuando algún tiempo después, llevaron los judíos á San Pablo ante el tribuno para que lo condenara, preguntó al Apóstol: «¿No eres tú el impostor egipcio?» (*Act.* XXI, 38). Para los judíos, era Egipto el país donde se aprendía á hacer milagros (Derenbourg, *Hist. de la Palest. según los rabinos*, p. 203, n.º 2).

(3) *Ant. Jud.* XX, 5. Josefo habla más adelante (XX, 7) de un judío cipriota que se daba por mago. Se presentó como profeta (*Bell. Jud.* III, 7, 9) creyendo sin embargo en la hechicería: «Salomón, dice (*Ant. Jud.* VIII, 2), había encontrado el medio de lanzar los demonios, y este medio es aún muy usado entre nosotros. He visto un judío llamado Eleazar, el cual libró á algunos posesos en presencia de Vespasiano, de sus hijos, de los tribunos y soldados. Acercaba á la nariz del energúmeno un anillo en el cual había engarzada cierta raíz de que se servía Salomón para el mismo objeto, y luego que el poseso respi-

ban en Isaías y repetían sus amenazas contra la casa de Israel.

«Cuatro años antes de declararse la guerra, dice Josefo, se puso á gritar un campesino: ¡Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén y su templo, voz contra los recién casados, voz contra todo el pueblo! Desde entonces no cesó de gritar ni de día ni de noche: ¡Ay de Jerusalén! Y más y mayores gritos daba los días de fiesta: jamás salían de su boca otras palabras; los que lo compadecían, los que lo abominaban, los que atendían á sus necesidades sólo oyeron de él la terrible exclamación: ¡Ay, ay, ay de Jerusalén! Fué preso, interrogado y condenado á pena de azotes por los magistrados; pero á cada pregunta y á cada golpe contestaba lo mismo sin quejarse: ¡Ay de Jerusalén! Despedido como un insensato, recorrió todo el país repitiendo su triste predicción, y continuó gritando sin cansarse ni enronquecer por espacio de siete años, sin decir más que ¡ay de Jerusalén! En tiempo del último sitio de la ciudad santa volvió á su seno y girando alrededor de sus muros, continuó gritando infatigablemente: ¡Ay de Jerusalén! ¡Ay de su templo! ¡Ay de su pueblo! Hasta que al fin añadió: ¡Ay de mí! Una piedra lanzada por una máquina acabó con él.»

La misma Escritura atestigua la sorda fermentación que agitaba los espíritus: los *Hechos de los Apóstoles* hablan de Simón el Mago, del falso profeta Elimas y citan las notables palabras del fariseo Gamaliel sobre las revoluciones que vienen de Dios y nadie puede atajar y sobre las que vienen de los hombres y se destruyen de por sí «Hace algún tiempo, decía, se alzó cierto Teadas que pretendía ser grande, y arrastró en pos de sí hasta cuatrocientos hombres; pero se le dió muerte y todos los que habían creído en él vinieron á parar en nada. Judas de Galilea se levantó después de él y atrajo también mucha gente; pero también pereció y se dispersaron todos los suyos.»

La predicación del Evangelio no trajo la tranquilidad á las almas, porque en Jerusalén, eran perseguidos los cristianos, y cuanto más hablaban del Mesías desconocido, tanto más esperaban los judíos en el que aguardaban aún, no ya humilde y perseguido, sino potente y glorioso. Para llegar á esta dominación prometida era preciso, ante todo, salvar la independencia nacional, y á esta idea todos los corazones se enardecían y alentaban. Los que Josefo llama bandidos fueron los primeros que por todas partes excitaron al levantamiento, porque lo mismo que en tiempo de Matatías y de Judas Macabeo, estos bandidos no eran sino audaces patriotas que se negaban á servir al extranjero.

Seamos justos con una nación que dió al mundo el ejemplo más heroico que se haya visto. No son algunos hombres, ni un ejército; es un pueblo casi entero el que se levanta y va á morir por sus creencias y su libertad. Cierta es que este sacrificio no fué necesario; cierto que fué inútil,

ra, le sacaba el demonio por las narices. Al momento caía en tierra el paciente y el otro prohibía en nombre de Salomón al espíritu malo volver al cuerpo que había abandonado. Para convencer mejor á los presentes de la potestad que tenía, había puesto Eleazar allí cerca un ánfora de agua y ordenado al demonio que cuando saliera derribara el ánfora en testimonio de que efectivamente abandonaba el cuerpo del hombre. Y así sucedió.»

Esta creencia en los endemoniados, que sigue en el Nuevo Testamento y duró toda la Edad media, era muy vieja. Los egipcios estaban persuadidos de que espíritus maléficos frecuentaban el cuerpo de los vivos y les hacían sufrir. Por eso entre ellos constaban de dos partes las recetas medicinales, una fórmula de oración contra el espíritu malo y otra fórmula medicamentosa para los desórdenes que producía. En los cráneos perforados de las poblaciones cuaternarias se ha visto también una operación para extirpar el *maligno*.

así para la raza que lo hacía, como para la humanidad, que desde aquel día vió comenar una persecución que ha sufrido por espacio de diez y ocho siglos; cierto, en fin, que el pueblo judío no tuvo razón, en la esfera religiosa, cuando rechazó la doctrina evangélica que venía á completar su ley, ni en la esfera política, cuando rechazó igualmente la dominación romana, que á lo menos le hubiera dado el orden material: todo esto es verdad. Pero encuentra el historiador tantas guerras emprendidas por motivos reprobables, que no puede negar sus simpatías á los que sucumbieron peleando por la causa de la patria y de la religión.

Durante mucho tiempo había sido suave en Judea la dominación romana, como en los demás países y acaso más aún, porque los judíos de Palestina fueron particularmente protegidos por los primeros emperadores. Bajo el reinado de Tiberio no tuvieron más que dos procuradores en veintitrés ó veinticuatro años, y el último, Poncio Pilato, fué llamado á dar cuenta de los movimientos sediciosos que había reprimido con sobrada severidad. Bajo el poder de Claudio, un soldado que en una aldea había desgarrado un ejemplar del Pentateuco, fué decapitado; y desterrado un procurador que se dejó corromper. Por el mismo asunto envió el emperador á Jerusalén un tribuno militar, que fué arrastrado en vilipendio por las calles y por fin decapitado.

A esta severa justicia se añadían los miramientos, y consideraciones que se tenían á su culto. Ningún oficial romano entraba en la ciudad santa sin subir al templo á adorar al Dios nacional; y todos los años se ofrecían en él víctimas en nombre del príncipe. Estas deferencias fueron tan lejos que se cuidaba en Roma no dar á los judíos gobernadores que no les fueran gratos. Sólo á solicitud del sumo sacerdote Jonatán obtuvo la administración de Judea Félix, hermano del liberto Palas (1) (52-60).

Pero durante los últimos años de Claudio y bajo el poder de Nerón, se renovaron los excesos de los proconsules republicanos. Ventidio Cumano administraba entonces la Galilea y Félix la Samaria y la Judea; la eterna rivalidad de judíos y samaritanos y el odio de éstos á sus vecinos de Galilea los armaron á unos contra otros, y en presencia de sus mutuos pillajes y extorsiones, hicieron la vista gorda los procuradores imperiales, á condición de que se les reservara en el producto de las rapiñas la parte del león.

A las quejas de algunos judíos, Claudio castigó á Cumano, es verdad; pero el gobernador de Siria puso en el número de los jueces ante cuyo tribunal habían de exponer sus agravios los acusadores á Félix, que era uno de los acusados, pero también hermano del omnipotente favorito.

Alentado con este triunfo «continuó Félix sus violencias y crueldades, ejerciendo la autoridad soberana con la ávida y rencorosa baja de un esclavo.» Retuvo al apóstol San Pablo en prisión, á fin de obtener dinero; y habiéndole reprendido sus injustas exacciones el sumo sacerdote Jonatán, hizo que le dieran de puñaladas.

Esta conducta era peligrosa, porque si trabajado el pueblo por los mesías y fanatizado por los sacerdotes inferiores, á quienes despojaban de los diezmos sus jefes (2), corría en tropel á reunirse con los bandidos, dando así al

(1) Josefo, *Ant. Jud.* XX, 8. Felix se había casado con una judía (*Act.* XXIV, 24).

(2) Desde muy larga fecha los jefes de la clase sacerdotal enviaban á sus sirvientes á apoderarse por fuerza de los diezmos que les correspondían según la ley, y se los reservaban sin dar parte á los sacerdotes inferiores. Reducidos éstos á la miseria, se pasaron al partido del pueblo, que los socorría con sus limosnas y se armó muchas veces para que se les hiciera justicia (Josefo, *Ant. Jud.* XX, 8, 9).

bandolerismo el color de un alzamiento patriótico contra el extranjero, los ricos y los magnates buscaban en el apoyo de los soldados romanos la seguridad que les faltaba para su vida y hacienda. Enajenárselos habría pues sido una imprudencia, si no hubieran temido más aún las violencias de sus compatriotas que las de los procuradores. En efecto, por debajo de ellos veían fermentar en la multitud, no sólo los gérmenes de una lucha política y religiosa, sino los de una revolución social: una insurrección de los pobres contra los ricos.

La nueva ley, apoyo de los débiles y consuelo de los pobres y afligidos, tenía palabras de amenaza para los poderosos. Muchos tomaban al pie de la letra y en el sentido de su aplicación social los preceptos de la igualdad evangélica. Cuando aparece una nueva doctrina, hay hombres que la siguen por entero y en su espíritu; pero los hay también que la rodean, se detienen en la superficie y sólo toman lo que conviene á sus intereses, á sus pasiones. Esto precisamente se produjo en la época de la predicación cristiana: mientras unos, con Jesús, miraban al cielo, otros, como sucedió tan á menudo en los tumultos de la Edad media, no entendían más que las palabras que podían aplicarse á sus intereses mundanos. Los primeros iban á Cristo, cuando predicaba el desprecio de las riquezas: «Nadie puede servir á dos señores: elegid pues entre Dios y el oro;» ó cuando enseñaba á preferir la oración al trabajo: «No os cuidéis de vuestro sustento ni de vuestro vestido. Considerad las aves del cielo, que no siembran ni siegan ni allegan en trojes; pero vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Por ventura no sois vosotros más que las aves del cielo? ¿Por qué os inquietáis por vuestro vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan; y en verdad os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió jamás como uno de ellos. Si Dios tiene cuidado de vestir una planta del campo, que hoy existe y mañana será arrojada al horno ¿cuánto mejor os vestirá á vosotros, hombres de poca fe?»

Esta doctrina tan conforme con los hábitos del Oriente, donde el trabajo es un sufrimiento y nunca una imperiosa necesidad, habría podido producir el abandono de algunos oficios, como decidió á Pedro á dejar sus redes de pescador y á Mateo sus tabilleras de publicano. Pero otras palabras, estas por ejemplo: «Los primeros serán los últimos y los últimos los primeros,» fueron sin duda ávidamente recogidas por los hombres de violencia que impellan á una revolución demagógica contra aquel alto clero que Jesús condenaba como ciego detentador de la ley, y contra los ricos á quienes el dulce maestro casi cerraba las puertas del cielo.

Sus discípulos precisaron más: en Jerusalén exigieron de los fieles la comunidad de bienes, y lo que Santiago escribía «á las tribus dispersas,» decíalo ciertamente á los judíos de la capital, cuya iglesia gobernó por espacio de nueve años: «Como la flor del campo abrasada por el sol, pierde su belleza, se seca y cae, así se marchitará y morirá el rico en sus vías. ¿No es él quien os deshonra y os oprime? ¿No es él quien os arrastra á los tribunales?» Y más adelante: «¡Oh ricos! llorad, aullad al amago de las miserias que van á caer sobre vosotros... El salario que hacéis perder á los operarios, clama contra vosotros, y sus clamores han llegado á los oídos del Dios de los ejércitos.—Habéis vivido sobre la tierra en las delicias, y engrosado como víctimas destinadas al sacrificio.»

Tenemos, por desgracia, demasiada experiencia de las revoluciones populares para dudar de que, cayendo estas palabras en el horno en que hervían los espíritus, dieran al fuego nuevo pábulo. Aun los mismos que rechazaban la

nueva doctrina retenían la reprobación de los ricos que convenía tan perfectamente á sus apetitos.

Cuando estalló la guerra, los primeros actos de los insurgentes fueron el incendio del oficio público, donde radicaban los contratos y obligaciones de los deudores, el asesinato del Sumo Sacerdote y de los principales ciudadanos, y la destrucción del palacio del rey Agripa y de la reina Berenice. A la cabeza del movimiento demagógico se puso la secta de los *zelotes* ó celadores, nacida cincuenta años antes, la cual reconociendo sólo á Dios por señor del cielo y de la tierra, había intentado ya cien veces romper del mismo golpe el yugo de Roma y el de la casta sacerdotal. Durante mucho tiempo, los esfuerzos de los *zelotes* se habían traducido en actos de violencia. Refugiados en las montañas, se habían asociado con los bandidos; pero cubriendo el bandolerismo con el velo de una doctrina piadosa, habían formado un partido político y religioso á la vez, y la asociación de los *sicarios* de que habla Josefo con tanto terror, de aquellos hombres que venían á matar en medio de la multitud á la víctima designada, recuerda en cierto concepto la terrible secta de los ismaelitas, que once siglos más tarde y casi en los mismos lugares espantó al Asia con sus asesinatos.

Con tales jefes, impostores y magos, sacerdotes oprimidos y bandidos fanáticos, ¿qué pueblo hubiera permanecido impasible, sobre todo, cuando los moderados mismos se sentían impelidos á la insurrección por tantos y tan diversos sentimientos, el amor del país, de la religión de los mayores y de la libertad, el odio implacable contra los amigos del extranjero, que explotaban sus miserias, y sobre todo la firme creencia en un poder sin límites que se le había prometido y cuyo día había llegado (1)? ¡Cuántas causas para una explosión terrible! Estalló el año 65, y cinco después se lo había llevado todo, la ciudad, su templo y su pueblo.

La chispa que produjo el incendio partió de la ciudad, donde las dos religiones, las dos civilizaciones puestas por Herodes frente á frente, se irritaban cada día más á su solo contacto. Mientras los judíos de Cesarea estaban reunidos en su sinagoga, fué un griego á la misma puerta á inmolar unas aves, sólo por mofarse de su rito, y de aquí un tumulto, una riña, y después quejas al procurador romano Gesio Floro, el cual desestimó la querrela de los judíos, bien que éstos le hubieran dado ocho talentos para asegurar su apoyo. A esta noticia, el pueblo jerosolimitano insultó al gobernador, y éste contestó como ordinariamente contestan los que tienen armas á su mando, dando á la multitud una carga de caballería. Resultaron muchos muertos y heridos, otros prisioneros, y algunos, á pesar de su carácter de caballeros romanos, fueron azotados cruelmente y luego crucificados. En vano el rey Agripa (2), los sacudeos, los fariseos, los sacrificadores y los ricos se interpusieron entre los sublevados y las tropas romanas. Excitado por los zelotes, corrió el pueblo á apoderarse de la inexpugnable fortaleza de Masada, donde había tenido Herodes sus depósitos, y volvió á asaltar en Jerusalén á los partidarios de la paz: como declaración de guerra al mismo emperador, Eleazar se opuso á que se inmolaran víctimas ofrecidas en su nombre (mayo 66).

(1) Eleazar, jefe del partido de acción, era hijo del antiguo sumo sacerdote Ananías y uno de los más importantes personajes de la ciudad; dos príncipes de la familia real de Adiabena, un teniente de Agripa II, etc., eran también del partido nacional.

(2) Hijo del amigo de Calígula y de Claudio. A la muerte de su padre, sólo obtuvo una tetrarquía; pero más tarde se le permitió tomar el título de rey.